da suelta para comer y cenar á soldados y muchachos.

¿Y en tales momentos pretende V. que se aprecien los obsequios que V. preparaba? No, amigo mio; sea usted romano en Roma; expida desde este central depósito aves y turrones; omita el acompañarlos con elegantes misivas; que si ellos fueren de ley, ellos hablarán por usted, y si son malos, todas las epístolas de Ciceron no bastarán á hacerlos buenos. Recorra despues las casas de los obsequiados, y verá que toda la alegría del licor malagueño se ha trasladado á los semblantes, y toda la dulzura del mazapan se ha comunicado á los labios.

(Diciembre de 1832.)

LAS TRES TERTULIAS.

« Con estas cosas que digo,
Y lo que paso en silencio,
A mis soledades voy,
De mis soledades vengo. »
LOPE DE VEGA.

Yo no sé si fué el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la más espesa aún que la etiqueta y el fastidio extienden sobre nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *D. Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenía que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo más, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino.

No fuí, sin embargo, el primero, pues ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fuí recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recien venido, escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrecha-

ban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo y el falsamente llamado *buen tono* suelen imponerle. Todas las palabras (excepto algunas justamente proscritas en la sociedad) son allí buenas para expresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje esmaltan á cada paso la conversacion, prestánla un carácter nacional, y sin el desdichado sabor de extranjerismo de que adolece en el gran mundo. En una sociedad de esta clase los melindres desaparecen, las exageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se revelan sencillamente, y el amor, la alegría, la amistad, se manifiestan con franqueza, sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia *vaporosa*, ni un caballero se permitia *secarse*, ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée*, ni *círculo*, ni á la sala *salon*, ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer á París más que en el mapa, ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría; y como la coquetería y la envidia no habian podido aún penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorotea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores, que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se extiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega, y señora, en fin, muy de mi conocimiento y cuya historia sabrá el lector algun dia.

Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede; toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla, y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenajes, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en ambas mejillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de derecho la palabra, y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego); y cuando ya creyó que habia excitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenía que marchar á otras tertulias. Inmediatamente D. Plácido hizo poner la mesa en el gabinete y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el gérmen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion no se separó con ella; ántes bien, manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad; otros á reir de sus flores y dijes; cuál á contar anécdotas picantes de las sociedades á que ella dijo concurrir; cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desagradarme, tanto más, cuanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la Baronesa de..... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció, sin embargo, muy luégo, y

la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas (cuyo único interes consistia en decirse secretos al oido) tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades en la guitarra, y hé aquí á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla.

El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fué á parar una á los ojos de la vieja su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpegios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pié los compases, improvisó un wals del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*), capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando, despues de otro repique general de clavijas y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luégo, pasando al estilo patético en las dos canciones de *Horror me da el dia* y *La Sombra de la noche*, acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y piés.

Sin embargo, no satisfecho de tan buen ratito, me escurrí, sin ser notado, á mi cuarto para vestirme convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hícelo así, y como luégo me manifestase ésta que era muy temprano

para ir á casa de la Baronesa, y que ántes debiamos tocar en cierta tertulia, donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea, nos dirigimos á la otra sociedad.

Era ésta en casa de un personaje de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablarémos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, excesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luégo dado á conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes.

El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personajes, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse exactísimamente del mismo parecer, y áun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los más viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa é interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la Guardia, y éstos ostentando un continente marcial. El buen anciano se detenia un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia, y todos se lisonjeaban de haber fijado exclusivamente su atencion.

Algo más allá, la señora de la casa presidia una mesa de *écarté*, con gran aplauso del triple círculo de mirones, que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas en otro lado recibian los homenajes de los

brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas.

Con tan delicada intencion procedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica ária del *Mahometo;* luégo, haciéndole tocar una sinfonía de *Meyerbeer*, y despues promoviendo sus conversaciones favoritas para que luciese la expedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que más habia ganado aquella noche que en tres años de antesalas y audiencias.

Serian las doce dadas cuando, concluida la mision de doña Dorotea, determinó que pasáramos á la otra tertulia; y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo, interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa : guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquéllas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con auxilio de mi doble anteojo, ponerme al

corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luégo me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon; y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos, eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo.

Por ejemplo : uno de los jóvenes del grupo general flechaba su lente hácia donde le parecia bien, y apartándose luégo de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocamangas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de ésta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las más puras por cierto, ni las mejor escogidas), y miéntras aguardaba la respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacía aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que ésta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan; pues nada ménos que eso; la mayor amabilidad ; el mayor gracejo; la más encantadora sonrisa ; y si aquél, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, sólo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!*..... mas pronunciado con cierta indulgencia, que no movia á lástima del hablador.

Pero ya éste, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigia al otro extremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven, la dirigia ¡qué falacia! las mismas expresiones que á la anterior; mas co-

mo en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquélla estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se exceptuaba de ella alguno que otro jóven, ó más tímido ó ménos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero amor; pero éstos eran, por lo regular, el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas; así bien como algunas de éstas, ménos determinadas, yacian en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo; y dirigiéndome á un caballero que tenía al lado, le hice partícipe de ellas; y hablé tanto, que apénas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fuí preguntando los nombres de algunos y algunas de los que más me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era allí tan novicio como yo; mas estando en esto, un lacayo que vino á comunicarle una órden de la señora me dió á conocer que era nada ménos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual, con su natural locuacidad, me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche. Ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no eran otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creia aún vendado, hacía ya tiempo que veia muy bien y sabía por dónde iba; ella disipó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que el ardor de las

pasiones y la animada expresion de la alegría eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas sólo eran necesarios una buena dósis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia, para no parecer ridículo, es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras, negarse á bailar, permanecer sentados afectando indiferencia, equivocar las contradanzas, llevar siempre una misma pareja, y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

—Pues si es ello así (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte, á un baile donde no se baila, á una sociedad donde apénas se habla, donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reune á esta sociedad?

«Ahora lo verá V.», me dijo doña Dorotea, tomándome de la mano y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que allí estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta allí no era sino las subalternas. Y en efecto; despues de un largo y sostenido ataque, llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas expresivas facciones reconocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso*, capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada*, más propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguiente de ser

ya las dos de la mañana, sin que nuestras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva de socorro que seis vasos de agua pura y serenada que campeaban en la antesala, empezaron á alterar mi humor, y me obligaron á invitar á doña Dorotea á que diésemos la vuelta; hicímoslo así, y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia de medio reñir con ella, porque la dije que de las tres tertulias *de confianza*, *de respeto* y *de gran tono* que habiamos visitado, ninguna me habia ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aquella finura verdadera, aquel encanto irresistible que sólo se encuentra en la reunion de personas amables é instruidas, exentas á un mismo tiempo de una exagerada pretension, de un bajo interes y de una nulidad insustancial.

(Enero de 1833.)

EL EXTRANJERO EN SU PATRIA.

«La cántara conserva largos dias el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones.»

MELENDEZ VALDÉS.—*Disc. forenses.*

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oidos. Ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos; y en llegando á ella, y delante de mí,

—*¿Es á Mr. de.....* (me dijo) *á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?*

—Fulano de Tal, para servir á V. (le contesté yo, levantándome con atencion).

—*C'est égal; vos, sin duda, no me reconoceréis; ello es posible; eh bien! yo seré obligado á deciros quién yo soy.*

—Á la verdad que no caigo.....

—*Ah, mon cher! ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy á mi patria de otro tiempo.*

—¡Cómo! ¿Usted es español?

— *Oui, desgraciadamente; bien entendido, español*

por nacimiento; mas no por inclinacion ni por carácter.

—Cierto que ese aire, esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido.....

—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo, que yo vengo de dejar; hélas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro ántes de mi partida en Francia.*

—Pues, señor mio, dicho se está que si V. no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento.....

—*Oh mon Dieu! est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fué redevable de tantas buenas amistades?*

—Me hace V. dudar.....

—*¡Ah! no lo dudeis, señor; es Monsieur de Reveseint, que es mi padre.*

—¡Cómo! ¿el hijo de D. Melquiades Revesino?

—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*

—¡Ah, querido amigo!

—*Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de D. Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (1); y como allí no lo dije, habré de decir ahora que el dicho D. Melchor, ademas de aquella niña, cuyo amoroso drama supimos entónces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacía nombrarse *Mr. de Reveseint* la misma manía que al italiano *Signor Giovani Trotini*, que viajando por Francia se hacía llamar *Mr. Trotein;* en Inglaterra, *Mister Trotan;*

(1) Véase el artículo de *Los Aires del lugar.*

en Rusia, *Trotonoff;* en Polonia, *Trotinski;* en España, *D. Juan de Trotinos*, y en Portugal, *O Senor Troutiñu.*

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la Gramática en los Escolapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contínuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podria adquirir, al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él más esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazon doce años, fué instalado desde luégo en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero frances, y áun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecian en proporcion de sus estudios, y los diversos premios adquiridos en los exámenes de Historia, Matemáticas, Física, Química, Dibujo y demas, miéntras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tantos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su país natal, y que pasando en el extranjero la edad más decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres ó inclinaciones que le harian parecer luégo una planta exótica en su mismo suelo; ademas de que no faltaban en éste los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar, cuando se hallára en estado de poder adoptar sólo lo conveniente para mejorarla. Todo fué en vano, y el bueno de D. Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de lle-

gar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinticuatro años.

Llegó, por fin, aquella época, tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura. Por todas partes resonaban los elogios del recien venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en cafés y tertulias; sus trajes formaban el objeto de los contínuos desvelos de los sastres afamados; la narracion animada de sus aventuras servia para reunir en torno suyo un círculo de admiradores y áun de envidiosos, y las más altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraria á los suyos; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente, nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres. Por ejemplo : la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia, pues él se desayunaba á mediodia, comia de noche, y no dormia hasta las dos de la mañana ; su conversacion era siempre en frances; llamaba á sus padres de tú, y de vos á los criados; bailaba al espejo, aunque fuese delante de personas de gran prosopopeya; besaba á su hermana, y reñia con las amigas de ésta porque no le dejaban hacer otro tanto; tocaba el violin ó tiraba al florete los ratos que no cantaba en alta voz, y, en fin, tenía toda la vivacidad propia de un frances y de un jóven de veinticuatro años.

Por otro lado, se hablaba de comida:—«¡Oh, las fondas de *Veri* ó *Rocher de Cancale!*»—Iba al teatro:—«¡Ah, qué teatros los de París!»—Se le convidaba á los toros: —«¡Bárbaro espectáculo!»—Salia á la calle:—«¡Peste de país!»—Volvia á su casa:—«¡Oh *mon hotel garni!*»

Con estas y otras cosas, con desaprobar abiertamente todo lo que se apartaba de los usos franceses, al mismo tiempo que ridiculizaba las imitaciones de ellos, llegó á hacerse de tal modo insoportable hasta en su misma casa, que todos los dias daba lugar á cuestiones; y áun en la visita que al presente me hacía, me dió á entender una que acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba su corazon. No pude dejar de extrañarlo, conociendo bien el carácter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto, hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó por ser demasiado temprano para él; pero se entretuvo en probarme, miéntras comia, que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luégo que vió salir la fuente con todo lo interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y malsano; á lo que, por única respuesta, le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando, acabada la comida, llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta; á esto ya no pudo sufrir más, y saludándome con el nombre de *español incorregible*, se separó de mí, ménos contento que á su llegada.

Á la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luégo pude conocer que su satis-

faccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declarármele.

—¿Tiene V. presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con V. en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?

—Sí, señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que V. sostuvo.

—Pues ¿qué diria V. si la experiencia me inclinára hoy á sostener lo contrario?

—Es imposible; las relevantes cualidades que adornan á su hijo de V., el aplauso que le rodea y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causas bastantes para afirmar á V. en su primitiva opinion.

—¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y qué le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tedio invencible, una aversion inexplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir mis proyectos para su felicidad?

—Quizás esos proyectos no estén bien meditados, y acaso en ellos no haya V. consultado el corazon de su hijo.

—¿Y qué más puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la Administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretexto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no desempeñarle cumplidamente.

—Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarian del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres.

—Le he indicado despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el país en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar.

—En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento.

—Le he hablado despues del comercio, que no tiene

ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion.

—Puede que no esté equivocado.

—Las carreras de la Iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque, en efecto, no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas, por último, le he propuesto que, viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada, y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo.

—Y tiene mucha razon.

—Ahora bien; pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á várias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas; la una carece, á su vista, de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice; la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la Geografía y la Historia; otra piensa muy en español; otra..... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir?

—Ello es, en fin, le interrumpí yo, que su hijo de V. ha renunciado á su patria, y que la educacion extranjera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que V. imaginaba; fácil era prever semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso más fuerte que la primera. ¿Y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de V.? Su hijo de V. es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor?.....

—«Usted ha encontrado lo justo» (exclamó en este mo-

mento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); «el amor..... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es el objeto de mi amor.» —

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que, volviendo en sí D. Melquiades, intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra, — No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que V. fué la causa principal; sufra V., amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el sér; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y la hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y á la de V. Llore V. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama su suerte. —

Camilo, al oir esto, se arrojó á los piés de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió, en efecto, nuestro jóven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia..... ¡Cuántos así!

(Enero de 1833.)

LA CAPA VIEJA

Y EL BAILE DE CANDIL.

«.....Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
Á su padron negado.»

JOVELLANOS. — *Sát.*

—«¡Bravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime..... ¡Pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran!

—Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? — En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? Pues ¿cuánto mayor no será esta diferencia tra-